

Huesca y Jaca en la noche del 19 de julio de 1936

EMILIO MAJUELO GIL

LA IMPORTANCIA DEL GENERAL CABANELLAS EN LA CONSPIRACIÓN MILITAR

Los preparativos militares que culminaron en el inicio del golpe de estado de julio de 1936 venían siendo organizados desde tiempo atrás en la provincia por parte del general De Benito, gobernador militar de Huesca, y el coronel Carmelo García Conde, del regimiento de Infantería Valladolid nº 20, y a ambos hay que considerarlos como dos importantes puntos de referencia para el resto de la oficialidad implicada en el «asalto a la República». De Benito había ido de visita a Jaca a principios del mes de junio para comprobar hasta qué punto estaba por la cooperación en los preparativos del golpe el regimiento Galicia, y salió plenamente satisfecho de la misma. Este mismo día, se entrevistó unas horas con el general Mola en las cercanías de Yesa, dándole seguridad de la lealtad de ambas guarniciones con los planes previstos. Igualmente le garantizó, y esto es importante para comprender el desarrollo posterior de los acontecimientos en la ciudad altoaragonesa, que el cuerpo de Carabineros estaba a favor del golpe.¹ En aquella confidencia le manifestó también que la guarnición de Barbastro era, como así sucedió, la que menos confianza le daba.

Fue en junio igualmente cuando el general Cabanellas, de paso por Huesca, tomó contacto con De Benito y García Conde, a quienes confió que estaba comprometido con Mola, haciéndoles ver que debían acelerar los preparativos del golpe militar, de lo cual quedaron encargados en la capital oscense los capitanes Adrados, Montardit y Ruiz, quienes iniciaron, para la consecución de estos fines, contactos provechosos con los responsables de la policía de Asalto y de la Guardia Civil.²

La implicación directa del general Cabanellas en los preparativos de la conspiración, que para algunos historiadores parece quedar todavía en el campo de la penumbra y la

1 J. Arrarás Iribarren (dir.), *Historia de la Cruzada española*, Madrid, Datafilms, 1984, vol. 4, p. 74.

2 En el relato oficial de la insurrección se trató de legitimar la acción militar con la obsesiva idea de que había una conspiración izquierdista en marcha, fruto de un supuesto –e indemostrable empíricamente– entendimiento entre la CNT oscense y el gobernador civil de la provincia, Pomares Monleón. Éste habría favorecido el avance y el desarrollo del anarcosindicalismo en la provincia, ante lo cual no restaba sino efectuar una «movilización rápida [para] averiguar a toda costa dónde están ocultas las armas que se sabe han sido entregadas para las milicias por Pomares Monleón», hecho a todas luces fantástico, vista la secuencia de los hechos acontecidos durante la noche del 18 al 19 de julio, e imposible de ser llevado a cabo por Pomares Monleón, que había abandonado el cargo bastantes semanas antes del inicio del golpe.

indecisión, era, por el contrario, patente desde hacía semanas.³ La anterior trayectoria política de Cabanellas, bien relacionado con el republicanismo lerroquista, el desconocimiento que ha existido sobre su protagonismo en la preparación de la conspiración y el amor al régimen republicano del que hizo gala tanto en el bando en el que proclamó el estado de guerra como en posteriores declaraciones, no empañan su implicación en los planes de los sublevados, reflejada ya a mediados del mes de abril, según propia confesión a posteriori al comentar su actitud ante los incidentes ocurridos en 1936 en Zaragoza con motivo del aniversario de la proclamación de la República,⁴ confirmada en mayo⁵ e irrefutable en junio tras los contactos mantenidos con el general Mola. Juan Simeón Vidarte, en conversación, que transcribe, con el que fuera director de Seguridad, Alonso Mallol, acerca de la inactividad gubernamental que no cortó tajantemente las urdumbres y movimientos de los militares implicados, rememoró la figura de Cabanellas, republicano y viejo masón, «único divisionario que nos traicionó», pero de cuyas intenciones el Gobierno estaba sobreaviso, ¡en junio!, pues conocía detalladamente las directrices del director: «Sabido que el general Cabanellas está complicado desde el 10 de agosto de 1932 y teniendo sus teléfonos intervenidos, no se le destituye y, respecto a los otros dos generales divisionarios [los correspondientes a las Divisiones 6ª y 7ª] leales al gobierno,

3 J. Cifuentes Checa y P. Maluenda Pons sugieren que las horas que mediaron entre la insurrección de los militares y la detención del gobernador civil de Zaragoza, Vera Coronel, además de socavar la posibilidad de una respuesta obrera efectiva, fue aprovechado por Cabanellas para perfilar su decisión a favor de los insurgentes, actitud que generaba dudas tanto ante los ojos de Mola como ante el gobierno de Madrid donde sólo intuían su implicación en la conspiración», *El asalto a la República. Los orígenes del franquismo en Zaragoza (1936-1939)*, Zaragoza, IFC, 1995, pp. 19-20.

4 Los percances a los que se refería Cabanellas acontecieron en Zaragoza durante el desfile militar conmemorativo de la proclamación de la República el 14 de abril. En un momento de la parada militar se produjo un altercado entre oficiales y algunos espectadores y Cabanellas, en entrevista concedida al *Heraldo de Aragón* meses después de iniciada la guerra, confesó que ante las consecuencias de esos incidentes «tuve que pasar por la amargura de imponer sanciones por falta de disciplina [...] No había otro recurso. Si en aquel momento nos lanzamos a un movimiento colectivo de la guarnición [...] no nos hubiese apoyado nadie, porque no se había llegado aún a acuerdos concretos entre las guarniciones». Cabanellas tuvo que observar, por una parte, una actitud de despiste ante las máximas autoridades republicanas y, por otra, de discreción ante la oficialidad a su cargo. Pero a partir de entonces reunió frecuentemente a los oficiales instándoles a tener confianza en el mando y de mantenerse estrechamente unidos a la tropa», V. Gracia, *Aragón, baluarte de España*, Zaragoza, Heraldo de Aragón, 1938, pp. 21-22.

5 Efectivamente, en la Instrucción de 25 de mayo remitida por el director de la conspiración, Emilio Mola Vidal, se refería expresamente a la 5ª División militar, a cuyo mando estaba Cabanellas en las previsiones iniciales del desarrollo del golpe: «Que se declaren en rebeldía las Divisiones 5ª, 6ª y 7ª (Zaragoza, Burgos y Valladolid) con el doble objeto de asegurar el orden en el territorio que comprende y caer sobre Madrid», esto es, dando un peso clave a la 5ª para el futuro éxito de la conspiración. La circular de 25 de mayo con las instrucciones a los implicados, en J. S. Vidarte, *Todos fuimos culpables*, Barcelona, Grijalbo, 1977, vol. 1, pp. 384-386. Y más adelante en la p. 389, en las Instrucciones del 31 de mayo, vuelve de nuevo a encomendar a la 5ª División que tome la iniciativa frente al poder político, aprovechando cualquier alteración del orden público: «1º Aprovechando el primer incidente que se produzca declarará el estado de guerra en todo el territorio de su mando [hasta aquí en cursiva en el texto de Vidarte] enviando previamente a las demás divisiones el telegrama que previene el párrafo tercero de la Instrucción tres».

no se les previene ni a ellos ni a los gobernadores civiles, y son sorprendidos por los sublevados y fusilados».⁶

Su pasado republicano tampoco hace inexplicable su proceder. Mola también lo era. De hecho, los numerosos contactos entre Mola y los carlistas navarros tuvieron en el tema de la bandera, tricolor o roja y gualda, un asunto crucial, por lo que carecía de sentido práctico el que Mola mentara como una cuestión de principios el régimen republicano, precisamente en el santuario del carlismo. Mola tenía configurada la insurrección como el paso necesario para la declaración de una dictadura republicana, mediante la instalación de un directorio militar dentro del régimen republicano. Por esto mismo el valor de los bandos de guerra proclamados en las diferentes plazas militares hay que relacionarlo con las diversas circunstancias territoriales y con las fuerzas sociales a las que iban dirigidos. Mola realmente no podía hablar de república después del acuerdo con los carlistas. Circunstancia que, al no constituir el tradicionalismo carlista una fuerza política decisiva en la región aragonesa, no condicionó el discurso de Cabanellas ni el de otros generales como Franco, de cuyo bando se ha dicho que fue un «sua-ve cántico de patriotismo» dirigido a los militares peninsulares. Por lo demás, la estructura del bando de Cabanellas y el de Mola son bastante similares. Cabanellas, aunque en la proclama fechada el día 18 de julio se postuló como un defensor de los «altos intereses de España y la República», dejando entrever, como se ha dicho, la necesidad de una rectificación del régimen que contuviese la creciente presión obrera, vertió ya en este mismo texto durísimas amenazas para aquellos que no respetaran la voluntad de la máxima autoridad militar.⁷

Por otra parte, otro de los generales implicados, Queipo de Llano, tras entrevistarse con Mola en Irurzun (Navarra) a mediados de abril, había conocido los planes de Mola y había quedado en entrevistarse precisamente con Cabanellas,⁸ por cuanto la plaza aragonesa contaba con el armamento necesario para los requetés carlistas y voluntarios de

6 J.-S. Vidarte, *Todos fuimos culpables*, cit., pp. 389, 407 y 408. Con lo que vuelve a tomar cuerpo el peso neto de Cabanellas en la responsabilidad de la preparación del golpe. El mismo Cabanellas, cuando tras el asesinato de Calvo Sotelo fue llamado a mediados de julio a Madrid por el ministro de la Guerra y por Azaña, supo que las autoridades republicanas tenían la completa seguridad de que las guarniciones de su división estaban complotadas contra el Gobierno republicano, complot -que conocía el Gobierno, pudiendo comprobar que sabía todo el plan en todos sus detalles-, V. Gracia, *Aragón, baluarte de España*, cit., p. 26.

7 En la literalidad del bando se prevenía la instrucción de juicios sumarísimos a los acusados de delitos de rebelión, sedición, atentado, resistencia, desórdenes públicos, agresión, desacato, tenencia ilícita de armas, etc., articulado bélico que realmente casa mal con su confesión democrática, ideológicamente justificativa de la proclamación del estado de guerra, confesión que en su literalidad decía así: «Conocidas de los aragoneses mi tradición democrática y mi amor a España y a la República». Las diferentes proclamas de Cabanellas, en E. Colás Laguía y A. Pérez Ramírez, *La Gesta heroica de España. El movimiento patriótico en Aragón*, Zaragoza, Heraldo de Aragón, 1936, pp. 13-14.

8 R. A. H. Robinson, *Los orígenes de la España de Franco. Derecha, República y Revolución, 1931-1936*, Barcelona, Grijalbo, 1973, pp. 477 y ss. Queipo, tras ofrecer sus servicios a Mola y vincularse a la conspiración, «influyó -según Robinson- en otros oficiales republicanos, para que tomaran una decisión análoga, notablemente en el comandante de Zaragoza, el general radical Cabanellas».

otras milicias. En fechas similares a las de las reuniones celebradas primero con Queipo y luego con Kindelán, con este último en el alto de Olagain, muy cerca de Lekunberri (Navarra), se concertó una reunión entre Mola y Cabanellas en la conocida venta de Esculabolsas, sita entre Puente la Reina de Jaca y esta ciudad, que imprevistamente quedó en suspenso debido a la fuerte tormenta que se desató aquella tarde en la zona,⁹ impidiendo a Cabanellas llegar a tiempo a la cita, lo que, casualmente, le permitió no ser relacionado con Mola, ya que Cabanellas, a su paso por Jaca, había sido reconocido y denunciado por el alcalde de ésta ante el director general de Seguridad. La entrevista pospuesta, con todo, se celebró el 7 de junio muy cerca de Tudela (Navarra), en el sitio de Murillo de las Limas, a donde Mola acudió con su asistente y con el capitán Lastra. «En la entrevista de Murillo, Mola y Cabanellas se juramentaron para secundar a cualquier guarnición que se levantase. Convinieron los últimos detalles de la columna que Zaragoza organizaría para caer sobre Madrid por Guadalajara y del convoy de armas que se había de enviar a Navarra, pues Mola no contaba con suficientes».¹⁰

Los contactos de estos altos mandos militares no habían pasado inadvertidos a las organizaciones republicanas. A finales de junio, los diputados Julián Borderas del PSOE, Ildefonso Beltrán de Izquierda Republicana y el alcalde de Jaca, Julián Mur, visitaron al señor Moles, ministro de la Gobernación, «para darle cuenta de las reuniones que en una finca rural, enclavada en las afueras de Jaca, habían celebrado los generales De Benito, Cabanellas y Mola, entregándole, además, circulares de carácter subversivo que se recibían en los cuarteles de la Guardia Civil. No supimos –ha dejado escrito Borderas– que el gobernador determinara nada sobre el particular».¹¹ En este recordatorio de los hechos no se precisan la fecha de las reuniones ni el nombre de la finca en la que se celebraron. A pesar del carácter general de esta información, la reunión a la que hacía referencia J. Borderas era aquella que en última instancia no se celebró entre Mola y Cabanellas en la venta de Esculabolsas, y en la que incluyeron al general De Benito entre los convocados, lo cual era inexacto pues no estaba concertado con los anteriores en esta ocasión. En realidad, Julián Borderas y, con toda probabilidad, Ildefonso Beltrán permanecieron en Madrid inmersos en la actividad parlamentaria cuando Mur, el alcalde de Jaca, recibió alguna información sobre las actividades de los comprometidos en el golpe militar. Mur, que se desplazó a Madrid junto con el secretario de la Corporación, Agustín Castarlena, para gestionar determinados temas relativos al municipio, incluyó en su agenda en la capital de la República el dar a conocer las denuncias sobre las actividades de los conspiradores, para cuyo refrendo y refuerzo fue acompañado por los dos diputados oscenses citados.¹²

9 J. M^a Iribarren, *El general Mola*, Madrid, Bullón, 1963, original de 1938, pp. 67-70

10 *Ibidem*, p. 71.

11 *Renovación* [México], 26 (18 de julio de 1946).

12 E. Vicién Mañé, *La IIª República en Jaca. 1931-1936. Una época diferente*, Barcelona, Envima, 1998, p. 284. Cabanellas supo que sus maniobras previas al inicio del golpe habían sido detectadas por algunos jinetes y denunciadas a la Alcaldía bastantes meses después de iniciada la insurrección, en 1937, cuando Agustín Castarlena fue investigado por la Falange por haber acompañado al alcalde Sr. Mur en el viaje a Madrid que este sr. hizo para

Durante las semanas siguientes a la reunión en Murillo de las Limas, Mola y Cabanellas se valieron para seguir en contacto de enlaces femeninos para las relaciones epistolares y de otros elementos militares, el capitán Vicario en el caso de Mola. Antes del 18 de julio Mola y Cabanellas se vieron, según Iribarren, cuando menos en una ocasión, a principios de julio en Zaragoza, y parece ser que el 16 de este mes Cabanellas acudió a Pamplona antes de que se iniciara la insurrección.¹³

HUESCA: LA RESISTENCIA IMPOSIBLE

La indefinición del momento preciso para iniciar la insurrección militar propició un trasiego de órdenes y contraórdenes entrecruzadas entre los mandos implicados a la espera de la orden para salir de los cuarteles. Miguel Cabanellas el 4 de julio había informado confidencialmente a los jefes de guarnición en Huesca y, en especial, a Carmelo García Conde, como primer jefe del regimiento Valladolid nº 20, de lo que se preparaba, advirtiéndoles que estuvieran al tanto de las actividades de las organizaciones de izquierdas, dando por sentado, sin que esto pueda ser objeto de comprobación alguna, que éstas tomarían la iniciativa, y que informarían de todo ello al resto de los jefes y oficiales, no así a las clases de tropa ni a los soldados, de los que se temía su simpatía por las izquierdas. De hecho, buena parte de los soldados del regimiento nº 20 eran catalanes y estaban fichados por sus mandos como elementos muy izquierdistas, lo que se comprobó a los pocos días del inicio del golpe cuando comenzaron las desertiones por grupos que fueron cortadas mediante el traslado de la tropa a otro frente.¹⁴

García Conde, a los pocos días de su incorporación a la guarnición de Huesca, reunió en la sala de banderas a todos los jefes y oficiales del regimiento para darles cuen-

denunciar al gobierno del funesto Frente Popular la entrevista llevada a cabo en una venta de las inmediaciones por los generales Mola (q. e. p. d.) y Cabanellas». La denuncia, con fecha de julio de 1937 y que consta en el archivo municipal de Jaca, fue materializada por Alfonso de la Lana-Noriega y Muro, afiliado a la FET y de las JONS, para dilucidar si «esta compañía [de Castarlena a Mur] fue meramente profesional o de adhesión a la denuncia, colaboración que de haberse llevado a efecto encierra un grave delito y al que suscribe y traslada la confidencia no le es dado por falta de medios comprobar. Como puede verse, ni la afiliación posterior a la Falange del entonces secretario Alfonso Castarlena le libró de ser investigado por sus correligionarios.

13 J. M^a Iribarren, *op. cit.*, p. 72. Guillermo Cabanellas menciona que hubo dos entrevistas. Una el 16 de junio en Murillo de las Limas, que realmente se produjo el 7 de ese mes, y otra el 14 de julio en Pamplona, donde fue representado por el coronel Urrutia. G. Cabanellas, *Cuatro generales. Preludio a la guerra civil*, Barcelona, Planeta, 1977, citado en *El asalto a la República*, cit., p. 20.

14 Carmelo García Conde, natural de Cazalla, contaba 58 años en 1936, estando disponible forzoso en África cuando fue requerido por el general De Benito para incorporarse a la guarnición de Huesca, pues conociendo éste su manera de pensar quería tener gente de confianza a su lado. En la entrevista que García Conde mantuvo con Cabanellas el día 4 en Zaragoza encontró a éste inseguro, sugiriendo en el informe preparado en 1943 para la *Causa General* de Huesca sobre los hechos acaecidos en 1936 que fue obra suya el que Cabanellas cambiara de actitud después de los ánimos que él transmitió al general. Afirmación que no concuerda con lo expuesto por Cabanellas en la reunión mantenida con toda la oficialidad el mismo día 4. ¿Trataba a posteriori Carmelo García Conde de reafirmar en las circunstancias políticas de la inmediata posguerra su papel troncal en los hechos acaecidos en julio de 1936 en Huesca, muerto ya Cabanellas? AHN, *Causa General*, Huesca, leg. 1413.1 (en adelante, CGH).

ta de la inminencia del golpe, afirmando que «era muy posible» que se realizara el día 11. La cohesión entre los implicados en la conspiración y el resto de la oficialidad se trabajó de manera especial desde supuestos corporativos. Antes de que muchos oficiales supieran de las medidas que se estaban adoptando, lanzaron un mensaje de cooperación recíproca mediante un escrito en el que los firmantes del mismo se comprometían «a prestarse mutua ayuda tanto económica como con sus armas en caso de verse lanzados por las disposiciones del Gobierno o molestados por elementos civiles, siempre que no fuera por cuestiones personales». La difusión de la noticia de que las organizaciones obreras se habían hecho con armas robadas de las armerías o repartidas por orden del mismísimo gobernador y que habían ocupado Huesca en la noche del 18 al 19 de julio funcionó, a pesar de su inverosimilitud, como catalizador de la solidaridad comprometida con la firma de ese documento y sirvió de coartada a los organizadores del golpe para arrastrar casi al cien por cien de la oficialidad menos decidida.¹⁵

Sin embargo, y a pesar del sigilo de los complotados, fueron conociéndose con más detalle los preparativos del golpe de estado en Huesca capital. El 15 de julio Joaquín Riera, teniente-jefe de la Sección de Asalto de Huesca, contactó con Rafael López Amador, presidente a la sazón de la Agrupación Socialista de la ciudad, pidiéndole convocara una urgente reunión con los representantes de las organizaciones presentes en el comité del Frente Popular capitalino, pues debía dar cuenta urgentemente de un asunto de suma gravedad. Ésta se celebró a últimas horas de la tarde en la ermita de Cillas y en ella se enteraron de que, por medio de los informadores que tenía en el cuartel de Infantería, sabía Riera que estaba organizada una sublevación militar contra la República, de acuerdo con la cual se habían recibido instrucciones el día 13 para estar dispuestos a iniciarla en fecha próxima, quizás el día de Santiago, el 25 de julio. Sin embargo, a pesar de la prontitud con que el gobernador civil fue informado de la aceleración de los preparativos golpistas por el teniente Riera, la primera autoridad de la provincia quitó importancia a lo que el jefe de Asalto le comunicó, calificándola, para pasmo de dicho teniente, de un absurdo rumor puesto que contaba con «seguridades de los Oficiales de la Guarnición, que le habían dado su “palabra de Honor” de no sublevarse contra la República». El mismo Riera, ante los miembros del comité frentepopulista oscense, añadió que por otras vías confidenciales había recibido de Madrid la noticia de que el propio gobernador había solicitado su traslado urgente a otra provincia y el retorno a Huesca de un suboficial falangista que había sido castigado, trasladado a Cáceres, por su comportamiento durante la campaña electoral del 16 de febrero pasado, lo

15 Los que más entusiasmo mostraron por el cariz que definitivamente estaba tomando la situación fueron los comandantes Ricardo Enamorado, Enrique Ayala y José Aranz y el comandante de Estado Mayor Manuel Ruiz de la Serna; los capitanes Algarra, Mayoral, Giménez Carruesco y Miranda, y los tenientes San Miguel, Soto y Macías. En la relación de lealtades confeccionada por García Conde parece con talante dubitativo el teniente coronel de la Guardia Civil Díez Ticio, mientras que el teniente de Asalto Riera mantuvo una actitud de lealtad para con los golpistas. Por lo que se ve, la actitud netamente republicana del teniente Riera tuvo que ser acompañada de un enorme sigilo para que, en plena República, ¡no fuera detectada por los golpistas! CGH, leg. 1413.1.

que, en su opinión, mostraba claramente el talante y el comportamiento del gobernador respecto a su grado de adhesión y lealtad a la causa republicana.

Analizados estos datos, el comité decidió enviar una comisión urgente a Madrid, formada por los representantes de Izquierda Republicana y Unión Republicana, para informar al Gobierno de estos hechos. El día 17 volvieron los comisionados «totalmente descorazonados», en palabras de Rafael López Amador, debido a la incompreensión mostrada por el Gobierno ante la actitud de su máximo representante en Huesca, negándose a destituirlo puesto que «tenía puesta en él la más absoluta confianza».¹⁶

Los planes de los conspiradores se pusieron definitivamente en marcha en Huesca en las primeras horas del día 19. A las cinco de la mañana llamó el general Cabanellas al gobernador militar de la plaza, general De Benito, «para advertirles que había recibido indicaciones del general Mola de que se produjera inmediatamente el Alzamiento y tomasen las medidas necesarias ya que el día anterior se habían producido disturbios en la Plaza como asalto de armerías y armamento del populacho por el gobernador civil Carrascosa».¹⁷ En torno al gobernador militar, general De Benito, quedaban reunidos en el despacho de éste el coronel García Conde, los comandantes La Serna, Carlos Ayala y Enrique Enamorado y los capitanes Enrique Ramos, Julián Miranda y Nicolás Adrados, dispuestos a actuar en el momento en que recibieran la orden de ocupar la ciudad. A diferencia de lo expuesto en la *Historia de la Cruzada*, versión oficial de los insurrectos, la trama civil falangista, aunque estaba alerta para colaborar con los militares, no lo estuvo en el momento preciso. Su principal responsable en la capital, designado por José Antonio como primer jefe de la Falange en Huesca, el abogado Daniel Francov Palacín, se había desplazado a Madrid unos días antes de que se produjera la insurrección precisamente para recibir órdenes sobre la organización de ésta. Iniciado el conflicto, fue detenido en la capital, «sin que a la jefatura de Huesca se la notificara qué día iba a iniciarse éste a pesar de algunas orientaciones de que se comunicaría anticipadamente».¹⁸

16 FPI-AJBP, 476-27. Carta de R. López Amador a J. Borderas, México, 10 de agosto de 1946.

17 CGH, leg. 1408.1. En este informe de la *Causa General* se menciona la llamada de Cabanellas a las cinco de la mañana, que tuvo que ser la última confirmación de que la insurrección se ponía definitivamente en marcha, puesto que desde horas antes ya estaban preparados para actuar, como explica el comportamiento de los principales implicados desde esa medianoche. Respecto a las armas ocupadas por las organizaciones obreras, no hay ningún dato que avale su reparto oficial en la descripción pormenorizada de los hechos efectuada por los dirigentes obreros Borderas, Ponzán o López Amador en las memorias y correspondencia consultadas. Más increíble es pensar que el gobernador civil, Carrascosa, fuera precisamente el instigador de esa presunta toma de armas. Las escasas armas, pistolas y escopetas de caza de las que dispusieron los voluntarios de las organizaciones de izquierdas provinieron de las incautaciones practicadas en «algunas casas de burgueses» y las requisadas en la modesta armería «Casa de la Miraveta», con munición insuficiente, lo que da idea del escasísimo potencial de fuego del que dispusieron en esos momentos las organizaciones obreras. P. Ponzán Vidal, *Lucha y muerte por la libertad, 1936-1945. Francisco Ponzán Vidal y la red de evasión Pat O'Leary, 1940-1944*, Barcelona, Tot, 1996, p. 20. El relato de Ponzán es en este punto la base del posterior de A. Téllez Solá, *La red de evasión del grupo Ponzán. Anarquistas en la guerra secreta contra el franquismo y el nazismo (1936-1944)*, Barcelona, Virus, 1996, p. 31.

18 CGH, leg. 1408.1. Para cuando Francov ya ya detenido su «enlace» en ésta. Aunque durante semanas pasó inadvertido, fue detenido en septiembre de 1936 y fusilado en Vicálvaro.

Julián Borderas, tras suspenderse el 14 de julio las sesiones de las Cortes españolas, se trasladó a Jaca y, de paso por Huesca, se entrevistó con el gobernador, acordando «permanecer en contacto en aquellos delicados momentos. El Gobernador me exteriorizó sus temores de que quienes, en la capital de la provincia, le instigaban a obrar con dureza por motivos fútiles, no le secundaran en la hora decisiva».¹⁹ Mientras tanto, el comité del Frente Popular oscense, vista la imposibilidad de actuar al margen del gobernador, lo que les incapacitaba para adoptar otra vía de actuación más efectiva, decidió permanecer cerca de él, carentes como estaban de medios de defensa. De este modo, los días 17 y 18, miembros de este comité mantuvieron sendas entrevistas con el gobernador civil, Agustín Carrascosa, a las que acudió un gran amigo de éste, el doctor Montanés. A la conclusión de las mismas, tuvieron que reconocer la veracidad de lo que anteriormente les había sido expuesto por el teniente de Asalto, Joaquín Riera, acerca de la actitud del gobernador civil. Incluso, en un momento determinado de una de las entrevistas, Agustín Carrascosa les espetó «que no había tal sublevación sino en nuestra calenturienta imaginación», añadiendo que no había armas para las fuerzas obreras pues tenía órdenes del ministro de no armar al pueblo, por temor a la actitud de los anarquistas y al uso que pudieran hacer de aquéllas. Conscientes de la gravedad de la situación, para salvar este escollo propusieron al gobernador que las armas con las que se podía contar, las procedentes tanto de la Comisaría como del cuartel de la Guardia Civil, quedaran recogidas en un determinado lugar sólo conocido por él mismo y por los miembros del comité del Frente Popular, del que las organizaciones libertarias no formaban parte, de manera que pudiera sortear el recelo que sentía hacia los anarquistas y, por otra parte, pudieran hacer frente a los militares en caso de la consumación del ataque preparado por éstos. Si éste no se produjera, las armas se devolverían a sus lugares de origen, a lo que todos los miembros presentes en la reunión se comprometieron formalmente.

También el mismo día 18 varias representaciones políticas frentepopulistas y anarcosindicalistas, además de las de la capital, habían viajado desde Ayerbe, Jaca, Tardienta, Almodévar, Lanaja y Vicién, cuando menos, con la intención de que el gobernador civil les proporcionara armas, pero éste no levantó su negativa. Durante la noche se mantuvo esta tensa situación. Grupos de obreros y ciudadanos se concentraron expectantes ante un deseado cambio de postura de Agustín Carrascosa Carbonell. Mientras tanto, éste mantenía conversaciones con los destacados dirigentes anarquistas Ramón Acín y Francisco Pozas, de Izquierda Republicana; con Ildefonso Beltrán, diputado por este partido en las últimas elecciones de febrero; del Partido Comunista, con Pedro Cajal, y de otras formaciones integradas en la coalición del Frente Popular. Sin respuesta efectiva del gobernador y ante la inminencia del golpe, los representantes del Frente Popular avisaron por medio de algunos militantes, como Omella y Pérez y Pérez, a sus organizaciones «de los respectivos itinerarios que se les marcaron», prácticamente desarmados, mientras volvían de nuevo al Gobierno Civil por ver si el gobernador adoptaba

19 *Renovación* [México] 1 (31 de agosto de 1945).

otra postura y facilitaba la resistencia armada o, en todo caso, para conocer cómo pensaba abordarla.

La negativa del máximo mandatario de la provincia a proveer a las organizaciones obreras de las armas necesarias para la defensa de la República se fundamentaba en la pretensión de querer mantener una postura equidistante entre los amenazantes militares, que tenían en Cabanellas su mejor valedor y en cuya lealtad republicana creyó en todo momento el gobernador civil, cuando además podrían justificar la realización de sus designios si se efectuaba el reparto de armas al pueblo, y el miedo a que éstas efectivamente iniciaran un proceso revolucionario amparándose en su capacidad armada.²⁰ El verdadero temor del gobernador, no a los militares sino a las organizaciones populares, explica que de nuevo, ante la insistencia telefónica de Julián Borderas ofreciéndose a ayudarle, volviera a rechazar esa posibilidad, «y como él –Carrascosa–, tuviese la impresión de poder sofocar cualquier intento subversivo que se produjera en Huesca, no admitió mi traslado a su lado, según se proponía. Me encargó ocuparme de Jaca, donde no cabía duda que habían de desarrollarse importantes hechos».²¹

Hacia las dos de la mañana el gobernador civil mandó un aviso al teniente coronel de la Guardia Civil Díez Ticio con la intención de evitar lo que ya sospechaba, esto es, la adhesión de este cuerpo a la conspiración militar, animándole a cumplir lo ordenado por el Gobierno e instándole a que los comandantes de todos los puestos, de acuerdo con lo ordenado por el general Pozas, solamente obedecieran las órdenes de los alcaldes y a que en aquellos lugares donde el Ejército se hiciera con la situación establecieran contacto entre sí los comandantes de los respectivos puestos y con las autoridades de las localidades afectas al Gobierno.²² A pesar de la contestación afirmativa de que obedecería estas órdenes, Díez Ticio cedió posteriormente a las presiones de sus oficiales.

A las tres y media de la madrugada, el teniente coronel de la Guardia Civil se presentó en el Gobierno Civil. Precisamente un poco antes de su llegada Francisco Ponzán Vidal, destacado anarquista oscense, que había estado animando a las masas congregadas frente al Gobierno a tomar las armas disponibles en la ciudad, fue protagonista de un incidente que pudo tener cierta trascendencia. Consciente de la importancia del momento, dejó en la plaza a los allí reunidos y subió raudo y directo hacia el despacho del gobernador con la idea de hacerle cambiar de opinión por la fuerza, pero «Ramón Acín, que comprendió su intención, le asió fuertemente por un brazo al par que le decía: ¡No seas loco, Ponzán, que nos pierdes!...». Aunque siguieron discutiendo, Ponzán se avino a la voluntad de Acín, a quien tanto admiraba. Todavía más. Vista la nula colaboración del gobernador Carrascosa con las fuerzas republicanas, Ramón Acín, el prestigioso artista libertario, asomándose al balcón del edificio del Gobierno Civil, se dirigió a los concentrados aconsejándoles que se dispersaran del modo y manera que cada uno, indivi-

20 M^a P. Salomón Chéliz, «La defensa del orden social: fascismo y religión en Huesca», en J. Casarjova et al., *El pasado oculto. Fascismo y violencia en Aragón (1936-1939)*, Madrid, Siglo XXI, 1992, p. 128.

21 *Renovación* [México], 26 (18 de julio de 1946).

22 *Historia de la Cruzada española*, cit., p. 75.

dualmente, creyera conveniente. La CNT, comprendiendo la imposibilidad momentánea de ofrecer resistencia, decidió esperar mejores circunstancias para actuar.²³ Poco después de este incidente Díez Ticio, relata Rafael López Amador, «se encerró con el gobernador en el despacho de éste, bien custodiado por la policía. A las cuatro menos diez minutos se nos llamó al Despacho y el Secretario del Gobernador nos leyó un documento con *ruego imperativo* de firmarlo, por virtud del cual declarábamos que aconsejábamos la entrega del Gobierno Civil a los sublevados para evitar inútil derramamiento de sangre». La negativa de los allí presentes a este requerimiento fue acompañada seguidamente por la orden del teniente coronel de abandonar dicho edificio en el plazo de cinco minutos a fuer de quedar prisioneros. Justamente desde este día 18 se encontraba en Huesca el suboficial de la policía de Asalto denunciado por el teniente de este cuerpo, Joaquín Riera, como falangista. Los guardias que se habían puesto a las órdenes del recién llegado obstaculizaron en el mismo edificio del Gobierno Civil la salida de los allí reunidos, lo que pudieron conseguir finalmente y a duras penas gracias a la intervención enérgica de dicho teniente Riera.

De nuevo en libertad, los miembros del comité informaron rápidamente a sus respectivas organizaciones de lo que estaba ocurriendo, quedando reunidos a partir de entonces, después de la marcha de los representantes republicanos, en el local de las Juventudes Socialistas, los representantes de las organizaciones obreras y políticas, las ya citadas JJ SS, el PSOE, el PCE y las Juventudes Libertarias. A las seis de la mañana, tras formar a la tropa, el coronel García Conde proclamó la adhesión del regimiento Valladolid a la rebelión, a la que se sumaron el sargento de los guardias de Asalto, García Mediero, el comandante Fernández Vega y el capitán Berial de la Guardia Civil.²⁴ Pasadas las siete de la mañana los soldados, con las armas preparadas para cualquier eventualidad, recorrieron la distancia que media hasta el centro de la ciudad por el paseo de la Estación, separándose en los Porches dos compañías, una hacia el Coso Alto y otra por el parque Miguel Servet, acordando reunirse en las inmediaciones del Gobierno Civil. La resistencia prevista por los insurrectos no se produjo, de modo que el Gobierno Civil quedó ocupado sin lucha, siendo detenido el gobernador civil y sustituido por el teniente coronel Gervasio Sáenz de Quintanilla. Los otros centros neurálgicos de la ciudad, Telégrafos y Correos, corrieron la misma suerte y para estos momentos comenzaron a efectuarse los primeros cacheos entre los escasos obreros que permanecían en las calles, a cargo de miembros de la Guardia de Asalto y de la Guardia Civil, cuyo número había aumentado en un centenar debido precisamente a la orden del gobernador ci-

23 R. López Amador a Julián Borderas, México, 10 de agosto de 1946. FPI, AJBP 476-27. P. Ponzán Vidal, *op. cit.*, p. 21. Sobre el peso de Ramón Acín en los medios culturales y educativos oscenses y su magisterio sobre Ponzán, en S. Torres Planells, *Ramón Acín (1888-1936). Una estética anarquista y de vanguardia*, Barcelona, Virus, 1998, pp. 93-98 y 130-134.

24 Salió toda la fuerza disponible en el cuartel del regimiento Valladolid nº 20, unos 400 hombres. Las fuerzas con las que contaban los insurrectos para controlar la ciudad eran los 500 hombres del regimiento (en realidad entre 300 y 400 soldados, puesto que el resto estaba de permiso), una sección de la Guardia Civil y otra de Seguridad y de Asalto, y un escasísimo número del cuerpo de Carabineros.

vil para que se concentraran los efectivos de esta fuerza. Leído el bando declarando el estado de guerra, en el que se requería la entrega de las armas de fuego en posesión de los particulares, fueron entregadas por sus poseedores parte de éstas y otras fueron incautadas en sus domicilios por la Guardia Civil y de Asalto.

La huelga general declarada por las organizaciones obreras resultó inviable en estas condiciones. Con todo, los periódicos no volvieron a publicarse hasta cuatro días después del golpe, tras ser llevados los impresores, de obediencia ugetista, fuertemente custodiados, a los centros de trabajo, mientras que todo el comité de Banca y Bolsa, que se había negado a la vuelta al trabajo, fue fusilado. Todos ellos eran socialistas. Las detenciones iniciadas a las dos horas de que los militares ocuparan la ciudad fueron el preludio de una sangrienta represión a lo largo del mes de agosto, cuando la capital, Huesca, quedó casi totalmente bloqueada por las milicias y fuerzas republicanas.²⁵ Los únicos signos de resistencia los marcaron los disparos dispersos efectuados por *pacos* y sólo durante algunos días.

Ciertamente la capacidad real de resistencia fue y, con toda probabilidad, hubiera sido muy escasa debido a las circunstancias en que se encontraban las fuerzas obreras en Huesca. A partir del momento en que la CNT recomendó la dispersión y la huida, los efectivos del resto de las organizaciones eran de treinta y cinco afiliados pertenecientes a la Agrupación Socialista, cerca de medio centenar de jóvenes de ambos sexos de las Juventudes Socialistas, quince comunistas y unos cien ugetistas. Una parte de estos últimos era de recién incorporación a las filas de la UGT. Provenían del Sindicato de Comercio, de carácter autónomo, al que habían pertenecido hasta junio de 1936, cuando en una asamblea lograron una apretada mayoría los favorables a la opción de ingresar en el sindicato socialista frente a los que pugnaban por reconvertirse en un sindicato católico. A ellos había que unir la treintena escasa de afiliados al sindicato de Banca y Bolsa de UGT, en su mayoría poco dados a la lucha política y sindical.

Reflejo de la situación poco vigorosa del socialismo oscense fue la reunión de las agrupaciones socialistas para la designación de su candidato a figurar en la lista de la coalición frentepopulista, en la que participaron varias decenas de afiliados.²⁶ Frente a las fuerzas socialistas contrastaba la pujanza de la CNT, fortaleza organizativa reconoci-

25 Entre tantos otros cayeron José Puig Capdevila, tesorero de la Agrupación Socialista y secretario general de las Juventudes Socialistas; Emilio Coiduras Ascaso, vocal de la Agrupación Socialista y presidente del comité de Banca; Antonio Forcada, secretario de la Agrupación y tesorero del comité de Banca; Borao, perteneciente a los comités de Banca y de las Juventudes Socialistas; Fermín López, ex presidente de la Agrupación; Ángel Gavín Pradilla, ex secretario de la Agrupación y compromisario; Moré, y el citado doctor Pablo Montañés. El presidente de la Agrupación Socialista, Rafael López Amador, escapó difícilmente de esta represión inicial, permaneciendo escondido en Huesca durante veinte días, hasta que aprovechó la oportunidad de huir a Barbastro, en zona republicana.

26 FPI-AH, 61-41. A esta importante reunión acudieron solamente 78 personas, de las cuales 31 pertenecían a la Agrupación de la capital, 30 a la de Jaca y 17 a la de Canfranc. Había un total de ocho agrupaciones socialistas en la provincia, de las cuales la mitad estaban a la espera de la aprobación gubernativa de sus respectivos estatutos. Las secciones pertenecientes a UGT eran 28. Según fuentes socialistas, el PCE no tenía sino afiliados sueltos en media docena de pueblos de la provincia, carentes de organización constituida legalmente antes de las elecciones de febrero. R. Cruz menciona la cifra de 411 afiliados para todo Aragón en 1936, supongo que a principios de este año, en *El Partido Comunista de España en la IIª República*, Madrid, Alianza, 1987, p. 304.

da por los socialistas, que hablaban del indiscutible predominio cenetista en la provincia, lo que ciertamente reflejaban los 5600 afiliados a esta central, de los cuales casi 1300 pertenecían a los sindicatos organizados en la capital y en torno a la centena a los de Jaca.²⁷

Inmediatamente se dispuso la formación de grupos destacados para efectuar las labores de represión en aquellos lugares de la provincia donde había organizaciones obreras y republicanas. Voluntarios falangistas y de otras organizaciones derechistas, guardias civiles y de Asalto constituyeron los terribles grupos de castigo que operaron en las comarcas oscenses durante las semanas siguientes, aunque Huesca se aprestó a soportar un largo asedio que venía a corresponderse con la decisión anarquista adoptada en la madrugada del día 19 de abandonar la capital para efectuar su reconquista desde el campo.²⁸ En la propia capital se organizó una milicia local denominada Acción Ciudadana. Con «funciones policíacas y de orden público», quedó constituida el 28 de julio, dos días después de que llegaran a Huesca y se alojaran en el Círculo Oscense 275 requetés procedentes de la vecina ciudad de Tafalla (Navarra).²⁹ Para entonces ya se habían producido algunos bombardeos sobre objetivos militares de la capital, que se prolongaron durante semanas.³⁰

JACA: ENTRE EL MILITARISMO Y LA DIGNIDAD

Algunos de los protagonistas más importantes de la conspiración en Huesca y Zaragoza estaban, en las fechas previas al golpe de estado, pasando algunos días de vacaciones en Jaca, donde se veían con frecuencia con los mandos militares de esta plaza. Entre ellos, Álvarez Arenas, general del Estado Mayor en Zaragoza, el general De Benito, jefe de la guarnición de Huesca, y el comandante Híjar del Estado Mayor de la 5ª División, quienes durante estos días mantuvieron frecuentes contactos con el comandante mayor del regimiento de Infantería Galicia nº 19, Dionisio Pareja Arenillas, y el capitán Cabrerizo. Pareja fue uno de los organizadores más conspicuos del golpe de estado en la guarnición de Jaca, contactando y enrolando personalmente a muchos de los oficiales que dieron su asentimiento al mismo. Desde hacía meses algunos de ellos se reunían y se mantenían juramentados para combatir lo que consideraban ataques a la patria. El

27 J. Casanova. *Anarquismo y revolución en la sociedad rural aragonesa. 1936-1938*. Madrid, Siglo XXI, 1984, p. 26.

28 Ya el mismo día 20 salieron fuerzas armadas hacia Lupiñén y Tormos, donde la Guardia Civil estaba sitiada por varios centenares de obreros resistentes. En Aludévar hubo fuertes enfrentamientos con el resultado de varios muertos y las comunicaciones con Zaragoza quedaron cortadas. El día 23 se presentaron en Hecho, donde se había mantenido el Frente Popular con apoyo del Ayuntamiento y de una incipiente milicia.

29 CGH, leg. 1408.1. La finalidad de Acción Ciudadana fue contribuir a asegurar el nuevo orden público y social y llevar a cabo algunos servicios de vigilancia en las calles, particularmente por las noches, en los centros habilitados como prisiones y en los parapetos levantados en los alrededores de la capital. Llegó a contar con 827 miembros activos y otros 679 protectores.

30 Según el *Heraldo de Aragón* del 28 de julio, había muerto, a consecuencia de éstos, el cabo Juan Meca Hernández, precisamente en el ataque sufrido por el cuartel de la Estación. El jueves 23 moría por la misma causa el civil Mariano Durán. *Crónica de la guerra española*, nº 15, p. 351.

alcalde de Jaca, Julián Mur, que tenía potestad y mando sobre la Guardia Civil y Carabineros, tenía constancia de la implicación en la conspiración del coronel del regimiento de guarnición en Jaca, Rafael Bernabeu, a quien se había avistado antes de la medianoche del 17 al 18, vestido de paisano, cuando visitaba los domicilios de los jefes y suboficiales mencionados. Mur, hombre de temperamento y decisión, ordenó su detención por la Guardia Civil cuando los mencionados militares se dirigían a sus respectivos lugares de mando, ante las sospechas que inspiraba la actuación del coronel a esas horas, máxime los rumores crecientes de la sublevación del ejército en Marruecos. Conducidos al Ayuntamiento, se comunicó de forma inmediata al gobernador civil la noticia de las detenciones efectuadas, pero éste, persuadido por la lealtad de Cabanellas, ordenó su libertad a pesar de las protestas de las autoridades jaquesas.³¹

Las noticias de la intentona golpista del Ejército español en Marruecos en contra del régimen republicano ya se conocían en Jaca a mediodía del 18 de julio y se preveía que los comprometidos con éste pronto saldrían a las calles para hacerse cargo del poder político de la ciudad. Como en tantos otros lugares, uno de los argumentos legitimadores del golpe militar fue la necesidad de acabar con el ambiente politizado y exasperado que, aparentemente, se vivió en Jaca durante la primavera de 1936. Efectivamente, en el mes de mayo se produjo un acontecimiento similar al ocurrido en abril en Zaragoza en el que, durante una parada militar, habían rozado paisanos y militares. El 10 de este mes, días después de una multitudinaria manifestación ciudadana con motivo del 1º de Mayo, se produjo un enfrentamiento acalorado en el cine-teatro Unión Jaquesa entre el capitán de Infantería Miguel Ruiz González y el concejal comunista y catedrático del Instituto de Jaca Custodio Peñarroya Llavador, por haber exigido públicamente este último el traslado de Ruiz y de otros militares.³² Del ambiente caldeado tras la agresión sufrida por el concejal se derivó la concentración de un grupo numeroso de descontentos que protestaron airadamente contra Ruiz y sus acompañantes, persiguiéndolos hasta el Casino Principal, refugio momentáneo de los militares, que sufrió diversos destrozos a causa del tumulto. El Centro Católico de la Juventud fue asaltado y en el edificio de los Escolapios fue colocada una bandera roja. El ambiente acalorado no amainó inmediatamente. Durante el lunes y parte del martes de la semana siguiente los trabajadores de Jaca observaron una huelga generalizada en toda la ciudad en protesta por esos hechos. Se ordenó la concentración de tropas y el gobernador civil se personó inme-

31 Relato del periodista *Maximo Silvio*, sobrenombre de Juan M. Soler, en *Crónica de la guerra española*, cit., nº 15, p. 357. En este texto se indica igualmente la orden de Julián Mur para que se procediera asimismo a la detención del general Álvarez Arenas en la noche del 18 al 19, hecho imposible puesto que éste se encontraba ya en Zaragoza, dispuesto a cumplir su papel en la trama conspirativa. Los hechos habían ocurrido un día antes. *Renovación* [México], 26 (18 de junio de 1946). La contraorden para su puesta en libertad, según Máximo Silvio, vino de Madrid, indicando, en cualquier caso, se establecieran labores de vigilancia sobre Rafael Bernabeu.

32 La manifestación del 1º de Mayo vino precedida de un mitin celebrado en el denominado cuartel de los Estudios ante unas 1500 personas, en el que habían tomado la palabra Peñarroya, Antonio Ara, Miguel Dieste y Desideria Jiménez, entre otros. Después desfiló con camisas rojas el grupo de las JJS locales y una sección ciclista. En esta ocasión, el coronel Bernabeu se opuso terminantemente a que los manifestantes desfilaran por delante del cuartel de la Victoria, objetivo que logró, y simultáneamente ordenó el acuartelamiento de las tropas.

diatamente en la ciudad. A resultas de todo ello, once personas de ideología derechista quedaron retenidas por breve tiempo y el propio alcalde, Mur, tuvo que hacer un llamamiento público a la calma.³³

Como ha quedado demostrado con posterioridad, la trascendencia de estos hechos fue magnificada para legitimar la inevitabilidad del golpe militar y justificar la violenta represión que le siguió. Siguiendo este argumento, el Ejército habría sufrido un nuevo desplante a cargo de elementos extremistas que gozaron de la permisividad de las autoridades republicanas para cometer todo tipo de desmanes, atribuibles, en última instancia, a la irresponsabilidad de las autoridades políticas republicanas por no controlar a los elementos «extremistas». El Ejército sería, a partir de esta interpretación interesada, la víctima de los atropellos cometidos por las izquierdas.

Una consideración totalmente distinta a la anterior se planteó en los medios republicanos. Para Julián Borderas, diputado socialista por Huesca en las elecciones de febrero de 1936, lo ocurrido conectaba más con la prepotencia de determinados sectores militares, que, además de provocar a una población ya de por sí sensibilizada ante la escasa actitud prorrepública que se apreciaba entre el grueso del estamento militar, quedaban prácticamente impunes de sus actos: «A mediados de mayo de 1936 me fueron denunciadas, desde Jaca, las provocaciones y agresiones que los militares hacían objeto a destacados elementos republicanos, actos que dieron lugar a una huelga general de protesta. Hube de denunciar tales hechos al Sr. Casares Quiroga, presidente del Consejo y ministro de la Guerra, sin que se castigara a los provocadores».³⁴ Pero, más allá de la importancia que estos pequeños choques hayan adquirido después a tenor de cómo se desarrolló la guerra civil, en el momento en que se produjeron permitieron, en el caso de los militares comprometidos, ofrecer ante el grueso de los mandos una prueba más de la agresión a que se sometía al conjunto de todos ellos, esto es, al Ejército, por motivos ideológicos y políticos partidistas, sirviendo de refuerzo de la respuesta solidaria corporativa que los golpistas iban trabajando sin denuedo.

Fue esta línea de argumentación la que utilizaron los militares insurrectos el sábado día 18 cuando decidieron materializar los planes contra el régimen republicano. En el cuartel, la clase de tropa, los soldados rasos, fueron advertidos por los oficiales de la amenaza de asalto que se cernía sobre las instalaciones militares, asalto que habría sido preparado por las fuerzas obreras y republicanas. De este modo, pretendieron contrarrestar las simpatías políticas que la tropa pudiera tener hacia las fuerzas del Frente Popular y, así, intentaron desviar la atención de sus intenciones agresivas contra la legalidad republicana bajo la amenaza, a todas luces infundada, de un hipotético y sorpresivo ataque al cuartel en la madrugada del 18 al 19.³⁵ En la radio se recibían noticias emiti-

33 E. Vicién Mañé, *op. cit.*, pp. 277-279.

34 *Renovación* [México], 26 (18 de julio de 1946).

35 «Diario inédito» y «Hojas sueltas» de Florentín Ara Pétriz, catedrático del Instituto de Bachillerato de Jaca y de Barbastro, que fue miembro activo de Izquierda Republicana. Escondido a partir del día 19 de julio en un anexo de la vivienda familiar, donde permaneció varios meses hasta pasar a la zona republicana, fue un testigo de excepción

das desde Madrid y Barcelona tranquilizando a la población e informando escuetamente de lo sucedido en Marruecos, mientras que en el cuartel los conjurados en la trama golpista mantenían un tenso silencio sobre sus intenciones. En la calle, por el contrario, la expectación por los sucesos y el futuro inmediato ocupaba la atención de las personas atentas a la actitud de los otros cuerpos militares y, conforme avanzaban las horas, las fuerzas sindicales y políticas jaquesas adictas al Gobierno comenzaron, lo mismo que en otros lugares, a solicitar armas para la defensa de la República, permaneciendo junto al alcalde de la ciudad y preparando la adopción de medidas que evitaran el golpe.

El Ayuntamiento en pleno seguía reunido a medianoche, acompañado por los dirigentes más destacados de todas las organizaciones políticas y sindicales del Frente Popular en Jaca. La secuencia de los acontecimientos durante las horas siguientes vino a demostrar, a pesar de las incertidumbres, dónde estaba cada uno. El alcalde, Julián Mur, comunicó por teléfono a la una de la madrugada con el coronel del cuartel de la Victoria para informarse del «espíritu que anima a los Srs. Jefes y Oficiales de ese Regimiento y a los soldados». Tras recibir una respuesta satisfactoria del mando militar, de Rafael Bernabeu, y despedirse con un «¡Todo por la República!», colgó el auricular, haciendo este comentario delante de todos los presentes: «Si no te conociera, te creería». La animación y la curiosidad seguían muy vivas en la calle cuando los reunidos comenzaron a desalojar el edificio del Ayuntamiento hacia las dos de la madrugada. Muy poco tiempo después, varias llamadas telefónicas aclararon definitivamente las sospechas de los congregados en la casa consistorial. En primer lugar, se conoció la hora precisa decidida por los militares para proclamar el estado de guerra, gracias a una información de la Policía que había detectado un aviso de Huesca: las seis de la mañana era la hora convenida para la iniciación de la sublevación en Jaca y en la capital. Las comunicaciones estaban intervenidas por el Gobierno, complicando el trasiego de información entre los sublevados. Y fue en estas circunstancias cuando desde el cuartel trataron de hablar y comunicar con la Guardia Civil y el cuerpo de Carabineros.

Lo cierto es que la orden de declarar el estado de guerra pudo llegar sin mayores problemas desde Zaragoza hasta el cuartel de la Victoria tras la ocupación de la central de Teléfonos de Zaragoza por el general Álvarez Arenas, comprometido en la conspiración y al mando de la IX Brigada de Infantería. Al disponer que todas las llamadas de tránsito fueran controladas desde Capitanía General, pudo conocer una conferencia puesta desde el Ministerio de Hacienda en Madrid dirigida al teniente coronel de Carabineros de Jaca, José Iribarren, e, interceptándola, se hizo pasar por un funcionario del

de lo que aconteció en Jaca en la noche del día 18 y madrugada del 19, lo que reflejó en su diario inédito, testimonio histórico de enorme valor. Murió en Barcelona a causa de un bombardeo al final de la guerra. También Pilar Ponzán, hermana del destacado anarquista oscense Francisco Ponzán, vivió directamente los preparativos y movimientos militares dentro del cuartel de la Victoria. En estas fechas ejercía de maestra en Jaca y residía precisamente dentro del cuartel, en compañía de su hermana y su cuñado militar. En sus memorias testimonió que los militares que salieron del cuartel para proclamar el estado de guerra estaban convencidos de que les estaban esperando contingentes de civiles voluntarios, pues, sabiendo las izquierdas del inicio de la insurrección, se movilizarían. P. Ponzán, *op. cit.*, pp. 11-12.

citado Ministerio. Conectado con dicho teniente coronel, le convenció para que la llamada pasara al cuartel con la excusa de tratar de convencer al coronel Bernabeu para que depusiera su actitud, lo que aprovechó para identificarse ante éste y ordenarle declarar el estado de guerra.³⁶ La actitud condescendiente de José Iribarren con los complotados tuvo una gran transcendencia desde los primeros momentos en la suerte que iba a correr Jaca ante los facciosos.

Desde los pueblos se recibían telegramas poniéndose a disposición de las autoridades legítimas de la República. Por su parte, desde Jaca, se informaba al gobernador civil de Huesca de los planes concretos de la trama, mientras el alcalde, Julián Mur, solicitaba de los mandos de los distintos cuerpos su adhesión a la legalidad vigente. Con esa misma intención llamó nuevamente al cuartel y comunicó con el coronel, inquiriéndole por su actitud ante el Gobierno y advirtiéndole que el cuartel estaba rodeado para defender la República. La respuesta negativa fue rotunda: «Estoy con todo el mundo –respondió Bernabeu–: pero usted queda destituido».³⁷ Según el citado relato de Borderas la orden tuvo carácter conminatorio, pues en caso de que no aceptara dejar el cargo «correrían ríos de sangre». Tras esta seca comunicación se daba por hecho el inicio de la insurrección en Jaca. «Eran las dos y media de la noche», anotó Florentín Ara en su diario. Inmediatamente esta información se intentó pasar al Gobierno Civil de Huesca, pero para entonces las comunicaciones habían quedado interrumpidas.

A continuación el alcalde, a pesar del estado crítico que presentaba la situación, dio las órdenes oportunas para preparar la defensa ante la previsible agresión de las fuerzas armadas desde el cuartel, tarea en la que dio todo su apoyo el diputado socialista Julián Borderas. Las armas y municiones disponibles para la venta en diversos establecimientos de la ciudad fueron recogidas y distribuidas entre los voluntarios civiles presentados en el ayuntamiento. Se llamó a los guardias civiles y carabineros destacados en distintos lugares de la comarca para que se concentraran en la ciudad. Pero la defensa no pudo hacerse más que con varias pistolas y escopetas requisadas y cincuenta y dos fusiles máuser sobrantes en el almacén de la Comandancia de Carabineros.³⁸ Muchas de las personas que, procedentes de los pueblos de alrededor, iban acudiendo al edificio consistorial no pudieron hacerse con armas y los que las tenían malamente podían suplir con buena voluntad y arrojo la diferencia de armamento y reserva de munición con que contaban respecto a lo disponible en el cuartel. Vista la situación, algunos grupos volvieron a sus lugares de origen. Con todo, la orden de resistencia dada desde la Alcaldía se puso en marcha a las tres de la madrugada con la formación de cuatro grupos de voluntarios civiles armados que se desplegaron por la ciudad, tomando posiciones en el grupo escolar y en algunas casas de los paseos de Miral y de Los Baños, cerca de las inmedia-

36 *Historia de la Cruzada española*, cit., vol. IV, pp. 74-84.

37 *Crónica de la guerra española*, cit., nº 15, p. 357.

38 Armas, pocas, y a tenor del relato de los autores de la *Historia de la Cruzada española*, negadas por el teniente coronel de Carabineros José Iribarren al alcalde de la ciudad, Julián Mur, hecho que es contradictorio con el de Borderas. Iribarren no pudo negarse a entregar los sobrantes de armamento que tenía a su cargo sin que se hubiera producido un choque.

ciones del cuartel y próximos al viejo molino de Cirilo Sarto, en el lugar denominado «La Mutua», en la avenida de Marcelino Domingo.³⁹

La escasez de armamento no impidió la organización de una improvisada defensa, facilitada por la lealtad mostrada al ideario republicano durante estos años, que enlazaba, en primer lugar, con el hecho trascendental del 12 de diciembre de 1930 y, en segundo lugar, con la pervivencia de una corriente liberal asentada ya, cuando menos, desde el periodo restauracionista. Así pues, la República fue un momento estelar en la actividad de las fuerzas democráticas, que tuvieron en el 12 de diciembre su punto simbólico de referencia.⁴⁰

Sin embargo, más allá del fervor popular manifestado desde la proclamación del nuevo régimen y la necesidad de una compensación moral y política tras la represión militar que siguió a la intentona republicana de Galán y García Hernández, y más allá de la agitación política normal en estas circunstancias de intensa participación política, en Jaca se vivió un periodo republicano sin mayores problemas sociales ni políticos.⁴¹ La movilización ciudadana antigolpista fue, en este sentido, un acto de defensa de esta memoria histórica cuando se vio amenazada por los preparativos militares, un acto de dignidad cívica ante la amenaza que se cernía sobre su capital simbólico y de ninguna manera el resultado de una conflictividad social indomable.

Al hilo de esta reflexión no hay que perder de vista otros factores que jugaron poderosamente en esta situación, escorando el resultado del conflicto hacia un lado u otro. Detengámonos en el análisis del importante cuerpo de Carabineros. La actitud de éstos ante el conflicto que se avecinaba fue de dejar hacer y mantenerse al margen de los acontecimientos, lo que significaba favorecer al bélicamente más fuerte sobre el terreno. De hecho, el grueso de las fuerzas de este cuerpo, a excepción de dos parejas de carabineros situadas una en la casa consistorial y otra en el cruce de las carreteras a Sangüesa y Sabiñánigo, quedaron estacionadas por orden del teniente coronel Iribarren justamente en la zona este de la ciudad y, poco antes de amanecer, cerca del portal de las monjas, junto a su Comandancia, cuando la ocupación militar de la ciudad sólo podía producirse por una incursión que proviniera de la zona oeste de la misma, esto es, donde estaban situados los establecimientos militares.⁴²

39 E. Vicién Mañé, *op. cit.*, pp. 282-285.

40 No hay que olvidar que la tradición política en el Alto Aragón desde la restauración borbónica hasta 1923 mostraba la existencia de una configuración política que no reprodujo el esquema habitual del turno dinástico, complicando éste y haciendo ininteligible un funcionamiento caciquil que obviara las realidades locales. La constante en la representación política durante, prácticamente, toda la Restauración será la estabilidad y el predominio de lo que C. Frías ha denominado «cacicato liberal jacetano», prolongando este carácter avanzado hasta el periodo republicano. *Liberalismo y republicanismo en el Alto Aragón. Procesos electorales y comportamientos políticos, 1875-1898*, Huesca, Ayuntamiento, 1992, pp. 114-116 y 284.

41 Las pautas generales del comportamiento político durante la II República en Jaca y en la provincia, en E. Vicién Mañé, *La IIª República...*, *cit.*; y, sobre todo, en J. M. Azpiroz, *Poder político y conflictividad social en Huesca durante la IIª República*, Huesca, Ayuntamiento, 1993, esp. pp. 245-248.

42 Florentín Ara vivía precisamente junto a la Comandancia de Carabineros y fue testigo de esta incomprensible disposición de las fuerzas a cargo del teniente coronel Iribarren. Quedó perplejo ante el absurdo de lo que veía, de

La conexión civil de la trama golpista también tuvo su punto de participación en estos delicados momentos de la madrugada del día 19, en un breve lapso de tiempo previo al choque entre militares y civiles, cuando unos treinta minutos antes de la hora fijada para la asonada militar comenzaron a escucharse disparos efectuados desde las galerías de algunas casas próximas al ayuntamiento, sitas en la calle Zocotín y Mayor, disparos efectuados por un canónigo, un procurador y el administrador de una casa nobiliaria. Esta iniciativa pudo servir o bien de justificación ante la tropa de que efectivamente se había desencadenado un movimiento violento en la ciudad o simplemente que, avisados los comprometidos de la hora para el inicio de la acción del Ejército, comenzaron un ejercicio de distracción para facilitar la ocupación de la ciudad.⁴³ En idénticos términos se expresó Borderas, para quien el choque con los militares y el inicio del «nutrido tiroteo en contra nuestra desde el Seminario Conciliar y desde la torre de la iglesia del Carmen» se produjeron al mismo tiempo.

Por fin, la salida de una compañía del cuartel de la Victoria se produjo a las seis de la mañana, chocando inmediatamente con las fuerzas civiles. Se contabilizaron ocho bajas mortales: tres cabos, dos cornetas, dos tenientes y un capitán, más otros catorce heridos.⁴⁴ Un curioso que observaba la refriega cayó herido en medio de la calle y murió desangrado ante la falta de asistencia después de permanecer durante horas moribundo sobre el asfalto.⁴⁵ Tras cuatro horas y media de refriega y con la ayuda proveniente de los refuerzos mandados por el capitán De la Vega, que incluía una sección de ametralladoras, los militares lograron hacerse con el dominio de la situación. Sobre dos casas que ofrecían resistencia se dispuso fuego de artillería. Con los disparos efectuados con un cañón 70/16 del regimiento y con la instalación posterior de una ametralladora que cubría la calle Mayor, la resistencia desapareció.⁴⁶

una obviedad tan notoria para un lego como él en materia de defensa como clarividente confesión de la traición del jefe de Carabineros.

43 Florentín Ara, «Hojas sueltas».

44 Los fallecidos en el enfrentamiento fueron el capitán José Soto López de Uribe; Eusebio González Noriega y José Álvarez Pacheco, tenientes: Blas García López y Tomás Laplaza, cabos: Mariano Martínez Bustamante y Pablo Ballester del Pueyo, soldados, y Ángel Zorzano Herce y Alfonso Linares, cornetas. Y heridos, el alférez Arturo Mansillas, los sargentos Francisco Gómez, Pedro Casajús y Alfonso Mayoral, los cabos Ángel Félez, Pedro Ruiz, Crescencio Sesén y Enrique Roca, los soldados Víctor Miguel, Feliciano Guzmán, Julián Heras, Crisanto Pérez y Pedro Lamonedá y el carabino Juan Zapata. *Historia de la Cruzada española*, cit., p. 79, que incluye numerosos errores en los apellidos de los fallecidos en el tiroteo, del que está significativamente ausente el único paisano muerto, Raimundo Navarro Pérez.

45 Entrevista a José María Borau, 14 de octubre de 1998. Efectivamente debió de morir por casualidad, resultándole extraño que únicamente fuera él el caído puesto que las descargas de los fusiles habían sido terribles.

46 CGH, leg. 1419, que recoge la declaración del teniente de Artillería Lorenzo Martín Carod, quien junto a su hermano Juan, comandante de Artillería, y el capitán De Mesa, que se encontraban de vacaciones en Castiello de Jaca, se incorporaron al regimiento Galicia nº 19. También la *Crónica de la guerra española*, nº 15. En la reconstrucción de este episodio por el periodista Juan M. Soler, que aunque no indica fuentes bien pudieron ser las facilitadas por el propio alcalde de Jaca, Julián Mur, o, en lo referente a Huesca capital, por Ildefonso Beltrán, cuando estuvieron luchando en la 43ª División del Ejército republicano, menciona la, en opinión de general Miaja, poca importancia militar de Jaca, al recomendar a Mur que se diera a la fuga. Mur comunicó con el gobernador civil y con el gene-

Los disparos intermitentes siguieron produciéndose todavía durante un tiempo pero la situación resultaba insostenible para los grupos de voluntarios, que se disolvieron y emprendieron la retirada buscando algunos refugio en la misma ciudad o en sus alrededores o rebasando otros la frontera por Canfranc y Sallent. Este último punto fue el itinerario recorrido por Julián Mur y Julián Borderas, que cruzaron por este último paso en coche hacia las once de la mañana, acompañados por una pareja leal de la Guardia Civil que posteriormente regresó a Jaca. Inmediatamente se telegrafió a Sallent de Gállego para que fuera detenido el coche en el que viajaban estos dos importantes cargos públicos. Los telegrafistas de Jaca retuvieron el telegrama con el fin de dar tiempo a la huida de Mur y Borderas, que efectivamente rebasaron la muga por Aguas Calientes; posteriormente accedieron a Pau y alejaron definitivamente a la Guardia Civil, que había penetrado en territorio francés, y llegaron a Barcelona el 23 de julio.⁴⁷

Inmediatamente después de hacerse con el control de la ciudad, hacia las once de la mañana del día 19, fue leído en la calle Mayor el texto del bando de guerra firmado por el coronel Bernabeu. Hacia las dos de la tarde, procedentes de otros lugares de la comarca, entraron en Jaca fuerzas de Carabineros distintas a las estacionadas en su parte oriental y a las desplazadas en los momentos cruciales en los que podían haber asestado el golpe definitivo a la militarada, hasta la población de Guasa, por orden de Iribarren. Junto a los carabineros se encontraban también algunos contingentes de guardias civiles, que en torno al centenar de miembros habían sido concentrados desde las diez y media de la mañana en actitud pasiva, a un par de kilómetros escasos, en la zona occidental de la ciudad. La prensa local se plegó inmediatamente a los dictados de los vencedores, mientras que la publicación izquierdista *Jaca 12 de diciembre* fue suspendida, aunque en la zona republicana siguió apareciendo durante un tiempo, y sustituida por *Jaca Española*, de cuya dirección se encargó Ricardo del Arco Garay, contando con la colaboración de los profesores de la universidad de Zaragoza que habían acudido a los cursos de verano que anualmente se venían celebrando en la ciudad. El día 19 se incorporaron al Ejército insurrecto trescientos carabineros y el oficialmente considerado «alma del Movimiento en Jaca», el capitán Dionisio Pareja, organizó una compañía de voluntarios. En la noche del 19 todavía se produjeron

ral Miaja, quien le ordenó la huida: «Fúguese —escribe Soler—. El movimiento es importante. No interesa Jaca. Ya iremos después a por ellos». Cosa harto improbable puesto que las comunicaciones telefónicas, recordemos, estaban para estos momentos cortadas.

47 Mur y Borderas salieron de Jaca en automóvil hacia la frontera, siendo perseguidos por «una moto con un oficial y dos números de la guardia civil». El propio vista de la aduana de Sallent afirmó que efectivamente Mur y Borderas se presentaron en esa localidad con dos guardias civiles, leales, que se habían prestado a acompañarlos hasta la muga, comentándole que iban a una fuente situada más allá del pueblo. Los militares, recién tomado el poder en Jaca, ordenaron mediante el envío de un telegrama a Sallent que ambos quedaran retenidos hasta que las nuevas autoridades se hicieran cargo de ellos. Los telegrafistas de Jaca (y no el de Sallent, como indica Juan M^o Soler), haciendo caso omiso a esa orden, no dieron curso al telegrama, lo que les costaría su fusilamiento. Julián Mur se alistó en Barcelona en las milicias populares y pronto marchó al frente de Barbastro, participando en la toma de Lanaja y Alcubierre. En las avanzadillas del frente, cerca de Jaca, Mur asumió el papel de comisario político del batallón Alto Aragón, compuesto entre otros por altoaragoneses y, más concretamente, por jacetanos huidos a partir del día 19. En uno de estos combates, en el que se libró en la población de Gavín, resultó muerto de un balazo. *Crónica de la guerra española*, cit., p. 358.

descargas de fusil que ocasionaron numerosos desperfectos en edificios, tiroteos que se produjeron durante los días siguientes con el fin de mantener atemorizada a la población, puesto que se efectuaban desde la torre de un campanario; los realizados por *pacos* eran el tenue reflejo del mantenimiento de una débil resistencia.

Las disposiciones para ejercer la represión pronto se pusieron en marcha, confeccionándose amplias listas con los nombres de personas de ideales republicanos, socialistas, comunistas y anarquistas, a partir de las informaciones obtenidas mediante las delaciones y denuncias y con el concurso inestimable que a los militares encargados de la misma facilitó el numeroso material fotográfico que incautaron en determinados establecimientos de la ciudad, además de las fotos de la manifestación multitudinaria del 1º de Mayo hechas por los propios militares. Con todo ello confeccionaron un detallado estadillo de personas afectas a la República que habían participado en las numerosas celebraciones y fiestas cívicas organizadas en Jaca.

Se realizaron numerosas detenciones de personas republicanas, inculpadas de ofrecer resistencia a los militares, que quedaron hacinadas en diversos edificios habilitados especialmente para este uso. La cárcel, con capacidad para cincuenta personas y con muy mala ventilación, albergó en los primeros momentos hasta ciento ochenta prisioneros, por lo que tuvieron que habilitar como estancia para los detenidos la capilla e incluso las escaleras. Allí quedaron en espera de lo peor, desde que fue confirmándose la durísima actitud de los militares y de los grupos de castigo contra los republicanos, viviendo las largas horas de la que podía ser la última noche en la que uno podía ser llamado ante el piquete de ejecución. La situación se convirtió así en una tremenda clase diaria de tortura: las familias de los presos y de los perseguidos recibieron igualmente su castigo, máxime cuando éstos habían conseguido huir, siendo tomadas como botín de presa; diversos edificios, como el Seminario, sirvieron para acoger a estos rehenes, utilizados como medida de presión para obtener la vuelta de las personas perseguidas o como advertencia a los atacantes republicanos cuando el frente bélico estuvo próximo a Jaca; mientras tanto, sus *casas* fueron asaltadas y sus bienes requisados, subastados o simplemente hurtados al arbitrio de los nuevos dueños de la situación; las sedes sindicales fueron allanadas y sus bibliotecas y documentación resultaron víctimas de la vorágine destructora de los asaltantes y quemadas públicamente. Con todo, lo más grave fue la imborrable estela de *sangre* que se desató sobre los «desafectos» al alzamiento en la ciudad y en la comarca, dejando una larga nómina de asesinados, más de trescientas cincuenta personas, haciendo tristemente famoso el campo de tiro de las Batieillas, utilizado en esta ocasión para aniquilar a republicanos e izquierdas.⁴⁸ En algunos pueblos de la provincia –Almudévar, Ayerbe, Lanaja, Gurrea de Gállego, Sabiñánigo– y

48 La represión sobre la ciudadanía de Jaca y de Huesca puede seguirse con detalle en la obra, dirigida por J. Casanova, *El pasado oculto*, cit., pp. 650-671. Esteban Gómez, el historiador local que más se ha dedicado al estudio de Jaca durante los años treinta, destacado por su historia de la insurrección de Galán y García Hernández en diciembre de 1930, es autor de un prolijo y minucioso estudio todavía inédito de las víctimas de la represión en esta localidad, cuyos primeros capítulos he podido consultar amablemente.

en los valles de Ansó, Hecho, Aragüés, Canfranc y Tena operaron grupos de castigo para terminar con cualquier atisbo de resistencia, formados por falangistas, miembros de la Guardia Civil y militares. Así, quedó formado un batallón de voluntarios con tres compañías al mando del capitán Dávila.⁴⁹

El Ejército se vengó, en primer lugar, de las muertes producidas por la resistencia armada de los republicanos de Jaca, aprovechando igualmente la circunstancia para acabar, como en otros lugares, con las raíces de lo que consideraban el origen del mal, esto es, la tradición republicana y de izquierdas que había caracterizado la historia reciente de la ciudad. En el inicio de las labores represivas, «cuando empezaron los asesinatos en masa hubo gente que se alegró y colaboró en todo», «hubo gente de la CEDA que apoyó esto», incluso algún miembro del clero fue falangista entusiasta, clero que en Jaca pocas simpatías tenía hacia la República.⁵⁰

La intensidad enorme de los pelotones de ejecución se ha venido justificando por el conservadurismo católico local a partir de las características especiales de la tradición republicana jaquesa, que sitúa su fortaleza en torno al quehacer de varias personalidades políticas y su momento estelar en la actuación del capitán Galán y el levantamiento cívico-militar del 12 de diciembre de 1930. Luego, la presencia de Ricardo Zabalza Elorga, quien a pesar de permanecer un año escaso en la ciudad, en 1931, dejó en ésta un recuerdo profundo: «entonces consideré yo a Zabalza un agitador casi internacional [...] era un mitinero tremendo», y antes que él a «otro agitador más de acción que Zabalza que fue Fermín Galán y dejó una huella tremenda. Hizo de esto una sociedad republicana, con consecuencias terribles». Luego «surgió aquí un personaje que se llamaba Julián Borderas, que era un sastre de profesión pero hombre muy trabajador, muy echado *p' delante* [...] y ése suplantó, digamos, a la personalidad de Ricardo Zabalza porque quedó de gran líder socialista aquí en la comarca».⁵¹ Este trío, al que podrían añadirse otras

49 CGH, leg. 1413.1; M^a P. Salomón Chéliz, «La defensa del orden social...», cit., p. 129.

50 Entrevista a José M^a Borau, Jaca, 14 de octubre de 1998. Ya se ha mencionado el caso del canónigo francotirador en la madrugada del 18 al 19. El padre capuchino Hermenegildo de Fustiñana se ganó una pésima fama por sus actividades represivas. Y no fue el único miembro del clero implicado en éstas.

51 Entrevista a Juan Lacasa Lacasa, Jaca, 16 de noviembre de 1997. Julián Borderas, sastre de profesión, fue uno de los más destacados dirigentes socialistas en la provincia desde que el PSOE y la UGT se fundaran en la ciudad altoaragonesa en 1928. De hecho, la Agrupación Socialista jacetana tenía más empaque que la de la propia capital, como pudo comprobarse a la hora de confeccionar las listas electorales en febrero de 1936. Borderas, amigo íntimo de Ricardo Zabalza, se situó en esta ocasión frente a los prietistas, representados por Ángel Gavín, y fue respaldado como candidato por las agrupaciones de Huesca, Monzón y Sariñena. J. M^a Azpiroz, *Poder político y conflictividad social...*, cit., p. 234. La premura de tiempo para la confección de las listas hizo que, haciendo caso omiso a la Comisión Ejecutiva del PSOE que invalidó la candidatura más votada, la de Borderas, éste fuera definitivamente en las listas del Frente Popular en Huesca representando al PSOE. FPI-AH, 61-41. Julián Borderas destacó como organizador e impulsor de numerosas actividades políticas y culturales en los medios republicanos y socialistas en el exilio mejicano. Desde su inquebrantable militancia socialista, figuró en distintos puestos de responsabilidad política, entre ellos como contador de la Comisión Ejecutiva de la Agrupación Socialista en México, fruto de la unidad lograda en 1945 por todas las fracciones socialistas en la capital mejicana, junta que estuvo presidida por Indalecio Prieto, figurando Manuel Alvar como secretario de la misma. *Renovación*, 17 (31 de agosto de 1945).

figuras como Julián Mur o el Esquinazau, constituyó para el cedismo local las denominadas tres plagas de Jaca, cuyo efecto dañino se materializó en la resistencia ofrecida al Ejército, «convencidos por la memoria de Galán y hasta por la de Zabalza», lo que incitó a los militares a una represión durísima: «la actuación de Zabalza dejó un poso tan terriblemente agitado que los hizo demasiado republicanos, y demasiado republicano produjo una actividad el 19 de julio de resistencia desproporcionada al ejército», máxime sabiendo que había dos compañías de ametralladoras.⁵²

El trágico fin de esta tradición liberal republicana fue rotundo. Entre los cientos de asesinados hubo casos de ensañamiento inimaginables, arbitrariedades múltiples, requisas sin control, inocentes fusilados por mantener los ideales de reforma proyectados en el régimen republicano.⁵³ Los más de trescientos cincuenta asesinados en Jaca suponen un porcentaje altísimo en el ámbito de una ciudad pequeña como ésta y su comarca. La perla del Pirineo se convirtió de este modo en un lugar castigado por el ensayo genocida llevado a cabo por los militares y los grupos de castigo. La acción de éstos fue consentida, si no planificada, por los mismos militares desde que se hicieron con el control total de la situación. «Había una lista de gente que los militares utilizaron», en la que seguramente figuraron «todos los que recibieron armas en la noche del 18» y los que identificaron a partir de las fotos de pioneros, milicianos que desfilaban «el día de la fiesta obrera del 1º de mayo de 1936».⁵⁴ De este modo, fueron hechos prisioneros y fusilados, si no habían logrado escapar, «todos aquellos que reconocieron en las fotografías tomadas en los actos o manifestaciones que encontraron en la casa del fotógrafo “Las Heras” de Jaca, tales como la proclamación de la república, dedicación de una calle a Pablo Iglesias el día que vinieron varios grupos de Éibar a Jaca, y la manifestación pidiendo el

52 Los entrecornados corresponden a la entrevista con Juan Lacasa. El mismo Lacasa era consciente de que la sarracina estaba asegurada desde que conoció la existencia de 16 ametralladoras, frente a las cuales poco podían hacer los fusiles. J. Lacasa Lacasa simboliza perfectamente la postura de aquellos sectores de católicos cedistas que se convirtieron en franquistas prácticos para los que todos los males que encontraron en el sistema se debían precisamente a la propia existencia de la República y de los republicanos. No es de extrañar que el enfrentamiento entre civiles y militares fuera reflejado en un artículo suyo con el título «Entre el atentado y la batalla».

53 Julio Borderas confeccionó estas listas de asesinados estando en el exilio: Julio Turrau, anterior alcalde republicano de Jaca; Juan Bueno, guardia civil; Teodoro Bandrés, chófer; Claudio Lacasta Borderas, encargado de la sastreía de Borderas, y su esposa, Pilar Vizcarra Calvo; Alfonso Iguácel, maestro nacional; José Ventura, oficial de Correos; Lorenzo Villanueva, carpintero; Luis Duch, cineasta; Alfonso Rodríguez Subirana, relojero; Caujapé, sargento de Infantería; Fernando Sarasa, jefe de la oficina de Telégrafos; Venancio Domínguez, oficial de Telégrafos; Mansilla, albañil; Julián Viscasillas Borderas, empleado de banca; Antonio Pueyo, conceja socialista; Ignacio Bueno Ferrer, diputado provincial; Jiménez y su hija, cantinero; Pilar Beltrán, maestra nacional; los cinco miembros de la familia del sastre de Vinacua y otros once detenidos de Biescas. FPI-AJBP, 476-40.

54 Entrevista con J. M^a Borrau, Jaca, 14 de octubre de 1998. Él mismo fue borrado de una lista por un militar amigo, en la que quizás estuviera incluido por ser amigo de Javier Zabalza y haber estado suscrito a *Claridad*. Javier Zabalza Elorga, odontólogo de profesión y radioaficionado, fue salvajemente asesinado cerca de Escós después de que fueran a buscarlo a la cercana localidad de Burgi (Navarra) tres matones jaqueses, mientras esperaba al resto de su familia para trasladarse con todos los suyos a París, donde iba a contraer matrimonio. Amén de su ideario republicano y socialista, tuvo la «imperdonable» tacha de ser hermano de Ricardo Zabalza, secretario general de la FETT desde 1934.

indulto de la pena de muerte a que habían condenado en el Consejo de Guerra presidido en Jaca por Francisco Franco en marzo de 1931». ⁵⁵ El denominado grupo de los «Doce Apóstoles» tuvo también mucha responsabilidad en todo lo que ocurrió a partir del 19 de julio. No el grupo inicial, anterior al período republicano, que con idéntica denominación y formado por agricultores fuertes, artesanos y comerciantes era consultado sobre aspectos de la política local incluso desde el mismo Ayuntamiento, sino otro grupo que se formó en estos momentos y que incidió en llevar con el máximo rigor las tareas de represión.

En cualquier caso, la historia de Jaca desde que quedó sometida por la avalancha de la barbarie no puede ser tratada en este breve artículo que, cuando menos, ha tocado tres cuestiones de importancia. Primera, la complicidad y responsabilidad del general Miguel Cabanellas en la organización del golpe militar en la 5ª Región Militar, más allá del ropaje con el que recubrió su actividad. Segunda, la imposibilidad de ofrecer en Huesca capital una respuesta efectiva a la intontona militar por el temor cerval del gobernador civil, Carrascosa, a colaborar con las organizaciones obreras y frentepopulistas, y no solamente con la CNT local. Tercera, y última, la enorme dificultad que encontraron los republicanos de Jaca a la hora de mantener a los militares en los cuarteles desde que el concurso militar imprescindible para lograr este fin, el del cuerpo de Carabineros, permaneció en actitud pasiva durante el choque de la madrugada del día 19, lo que daba una ventaja insuperable a los golpistas dirigidos por el coronel Rafael Bernabeu y el capitán Dionisio Pareja.

55 Éste es también el testimonio de Julián Borderas. La manifestación a que hace referencia fue la celebrada en contra de la aplicación de la condena a muerte al capitán Sediles por su implicación en la insurrección del 12 de diciembre de 1930. FPI-AJBP, 476-40. Respuesta de J. Borderas a M. L. Sesma, que le había pedido información sobre el asesinato del inspector de 1ª Enseñanza José Ruiz Galán, ocurrida en el cementerio de los Mártires en Huesca el 26 de agosto de 1936, a manos de falangistas y guardias de Asalto.